

# La ultraderecha española: una presencia ausente (1975-1999)<sup>1</sup>

XAVIER CASALS

EN las elecciones europeas de junio de 1984 el Front National francés, liderado por Jean-Marie Le Pen, irrumpió de manera espectacular en la vida política, al obtener el 10,9 por 100 de los votos y diez diputados. Desde entonces, la ultraderecha de numerosos países europeos (incluyendo los del antiguo bloque comunista) ha conocido progresos electorales de importancia diversa, destacando —entre otros— los resultados obtenidos por el Freiheitliche Partei Österreichs [FPÖ] (27,2 por 100 de los votos en las elecciones legislativas de 1999) y el acceso al gobierno del antiguo Movimento Sociale Italiano [MSI] tras convertirse en Alleanza Nazionale [AN] en 1994 y autodefinirse «postfasista». Sin embargo, Grecia, Portugal y España, tres Estados regidos por dictaduras anticomunistas durante la Guerra Fría, no han conocido el desarrollo de partidos sólidos de extrema derecha. Este hecho no deja de sorprender, pues *a priori* parecería lógico que en ellos existiesen formaciones políticas que se reclamasen herederas de los extintos regímenes autoritarios y gozasen de cierta implantación, al modo del MSI en Italia. Pero la ultraderecha, al producirse la democratización de los tres países citados, acabó por conformar un ámbito ideológico marginal, falto de representación parlamentaria (pese a algunos éxitos electorales esporádicos) y sólo influyente como grupo de presión<sup>2</sup>.

En España, la extrema derecha únicamente alcanzó cierta relevancia política durante el proceso de transición a la democracia, pues desde 1982 se halla profundamente dividida y sus resultados electorales son nimios, hecho que pone de manifiesto su escaso apoyo social. No obstante, este sector ideológico suscita la alarma social periódicamente y despierta un notable interés en los medios

---

<sup>1</sup> Este ensayo fue objeto de discusión en el marco de un seminario efectuado en la Fundación Ortega y Gasset el 28 de octubre de 1999. El autor agradece los comentarios y sugerencias de los asistentes, algunas de cuyas observaciones ha incorporado al mismo.

<sup>2</sup> Véase un análisis comparado de los casos de España, Grecia y Portugal en nuestro estudio *La tentación neofascista en España* (Barcelona, Plaza y Janés, 1998), págs. 143-147.

de comunicación en relación a efémerides nostálgicas (las concentraciones anuales del 12 de octubre o del 20 de noviembre, «20-N»), «tramas negras» parapoliciales (de las cuales sería emblemático el llamado «caso GAL»), actos criminales (agresiones racistas protagonizadas por *skinheads*) o a la supuesta existencia de una judicatura de «derecha extrema»<sup>3</sup>. Pero las denuncias recurrentes de la «amenaza ultra» —que no dejan de reflejar el mito del «eterno retorno» de ésta— no parecen confirmarse en el plano político, pues no se corresponden con un crecimiento real o visible de los partidos de extrema derecha. Este espacio político se convierte así en una singular «presencia ausente»: su amplio —y casi permanente— eco social contrasta con la escasa entidad numérica de sus efectivos.

Este ensayo intenta aportar algunas hipótesis explicativas sobre tal ausencia. Consideramos necesario señalar que nuestra reflexión está limitada por dos factores: la falta de estudios sobre la extrema derecha y el escaso peso electoral de este espectro político<sup>4</sup>. Por una parte, las escasas investigaciones disponibles sobre la ultraderecha no han abordado en profundidad varios aspectos de su evolución, como su publicismo, el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 (el «23-F») o el análisis sociológico de sus integrantes o votantes en el momento en que éstos eran un número significativo. Por otra parte, es un sector ideológico marginal desde las elecciones legislativas de octubre de 1982, cuando Fuerza Nueva (su partido hegemónico) experimentó un descabro en las urnas. Desde entonces se fragmentó hasta llegar a un estadio grupuscular sin magnitud electoral alguna. Ello hace difícil destacar con precisión aquellas fuerzas y tendencias ideológicas representativas de la ultraderecha en cada momento.

Antes de exponer nuestra argumentación queremos efectuar algunas precisiones sobre la terminología empleada. Hemos utilizado «extrema derecha» y «neofascismo» como términos sinónimos, si bien somos conscientes de que ello puede ser discutible,

---

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, el impacto del llamado «Informe Raxen» (O. Pereda, «El número de “skins” se ha multiplicado en 4 años», *El Periódico*, 5-VII-1999).

<sup>4</sup> Sólo existen dos tesis doctorales: la de J. L. Rodríguez, *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)* (Madrid, CSIC, 1994) y la nuestra, *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads (1966-1995)* (Barcelona, Grijalbo, 1995). No obstante, se han editado varias obras periodísticas: M. Florentín, *Guía de la Europa negra. Sesenta años de extrema derecha* (Madrid, Anaya y Mario Muchnick, 1994); M. Sánchez Soler, *Los hijos del 20-N. Historia violenta del fascismo español* (Madrid, Temas de Hoy, 1993) y *Descenso a los fascismos* (Barcelona, Ediciones B, 1998).

pues el término «neofascismo» se aplica genéricamente a las formaciones políticas surgidas en el seno de la ultraderecha desde la segunda mitad de los años sesenta, cuando estas nuevas organizaciones aportaron cambios sustanciales de discurso e iconografía respecto a los fascismos de entreguerras. No obstante, la realidad política no permite emplear fácilmente tales distinciones conceptuales, pues, como veremos, la ultraderecha que denominaremos «tradicional» frecuentemente «sateliza» o mantiene en su esfera de influencia a los grupos neofascistas más vanguardistas y que paradójicamente se proclaman sus enemigos. De este modo, los conceptos mencionados sólo permiten matizar ideológicamente una realidad política sin límites internos precisos entre los sectores que la integran.

Aunque la mayoría de hipótesis expuestas a continuación fueron propuestas en trabajos precedentes, hasta ahora no habían sido presentadas de modo sucinto y sistemático<sup>5</sup>. Hemos estructurado el texto en seis apartados: el primero muestra la evolución de la ultraderecha europea durante los años sesenta, cuando experimentó cambios sustanciales; el segundo analiza cómo la cosmovisión ideológica de la extrema derecha española permaneció ajena a tales cambios; el tercero pretende demostrar que la incapacidad de ésta para vertebrarse organizativamente durante la Transición, en un contexto desfavorable, la llevó a la marginalidad; el cuarto contiene algunas observaciones de tipo sociológico y antropológico sobre su militancia; el quinto compara a la ultraderecha española con la nueva extrema derecha «postindustrial» que se ha consolidado en Europa; el sexto —y último— señala los elementos que han impedido su recomposición y las eventuales vías que pueden facilitarla.

#### EL FASCISMO EUROPEO: DE LA RECREACIÓN A LA INNOVACIÓN

En los últimos años del franquismo, la cultura política de la extrema derecha española (un sector entonces emergente como grupo de presión y popularmente designado como «búnker») era diferente a la de la ultraderecha que se había desarrollado en las democracias europeas desde los albores de la posguerra. En

---

<sup>5</sup> La mayor parte de argumentos se hallan expuestos en nuestros trabajos *¿Qué era?/¿Qué es? El fascismo. Entre el legado de Franco y la modernidad de Le Pen (1975-1997)* (Barcelona, Destino, 1998); *La tentación neofascista en España* (ya citada) y el capítulo «La ultraderecha española (1975-1996): ¿Una modernización imposible?», en M. Pérez Ledesma (comp.), *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo* (Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1997), págs. 171-194.

efecto, esta última había experimentado una modernización ideológica notable durante la década de 1960, a raíz del impacto de dos factores interrelacionados: en primer término, los procesos de descolonización en que se vieron inmersas Bélgica (que abandonó el Congo en 1960) y Francia (que, entre 1954 y 1962, debió afrontar en Argelia una larga «guerra sin nombre»); y, en segundo término, la respuesta contrarrevolucionaria al «mayo rojo» de 1968.

El primer factor —la oposición a la descolonización— implicó en el caso francés una oleada de manifestaciones «patrióticas», que en buena medida permitió a la ultraderecha recuperar la legitimidad perdida por su colaboración con el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial. Ello coincidió con el surgimiento de un movimiento de resistencia clandestino, la Organisation Armée Secrète [OAS], que contó con importantes apoyos en el seno de las Fuerzas Armadas. Bajo el influjo de esta movilización ultranacionalista en favor de la «Argelia blanca» se conformó una nueva generación de extremistas, como describió uno de sus intelectuales y activistas más destacados, François Duprat:

La liquidación del Imperio colonial francés dio a la oposición nacional [*sic*] las fuerzas que le habían faltado después de 1945. Limpia de la hipoteca de Vichy y de la colaboración, [la ultraderecha] podía nuevamente invocar al nacionalismo [...] para obstaculizar el abandono de una importante fracción del territorio nacional. El Ejército era permeable a su propaganda y un millón de *pieds-noirs* parecían representar la mayor masa de maniobra que ha tenido la oposición nacional desde la depuración<sup>6</sup>.

El abandono de Argelia, con el consiguiente fracaso de la OAS y los *pieds noirs*, motivó una importante autocrítica en ámbitos neofascistas. En ellos encontró amplio eco el opúsculo *Pour une critique positive*, de Dominique Venner, quien consideró que debían seguirse principios leninistas (crear una vanguardia política organizada) para evitar la repetición de tales derrotas. Venner rechazó asimismo la ultraderecha «tradicional», sin bases doctrinales sólidas:

Cero más cero hace siempre cero. La adición de los mitómanos, los complotistas, los nostálgicos, los arribistas, los «nacionales» jamás resultará una suma coherente. Conservar la esperanza de unir los incapaces es perseverar en el error. Hace falta

---

<sup>6</sup> Citado por J. Algazy, *La tentation néo-fasciste en France. 1944-1965* (París, Fayard, 1984), pág. 138.

<sup>7</sup> D. Venner, *Pour une critique positive. Écrit par un militant pour des militants*, Éditions Saint-Just, 1964 (reed. facsímil de Ars éditions, Nantes, s.a.), s.n.

rendirse a la evidencia: los «nacionales» son inutilizables. [...] Hacen huir a los elementos sanos [sic] e impiden todo reclutamiento de calidad<sup>7</sup>.

Para alcanzar este objetivo debía hacerse *tabula rasa* del pasado, como así sucedería. La experiencia de movilización política acumulada con motivo de la guerra de Argelia se materializó en la creación, ya en 1972, del Front National. En él convergieron antiguos combatientes de las recientes guerras coloniales (como el propio Le Pen), pero también los activistas jóvenes educados entre las manifestaciones pro-OAS y la lucha contra la izquierda revolucionaria protagonista del «mayo rojo». Progresivamente, la nostalgia de la época de la colaboración dejó paso a un discurso innovador y más complejo.

En Bélgica el impacto de la descolonización fue distinto, pero igualmente importante. En 1960, cuando el antiguo Congo belga alcanzó la independencia, conoció la secesión pro-occidental de la zona de Katanga, rica en recursos minerales. Entonces se intentó crear en Bruselas un movimiento de apoyo a los insurrectos a través de un reducido Comité d'Action et de Défense des Belges d'Afrique, que, bajo el liderazgo de Jean Thiriart (antiguo colaboracionista), se convirtió en 1961 en el Mouvement d'Action Civique [MAC] (organización de resonancias *poujadistas* que sintonizó con la OAS francesa), y en 1963 se transformó en un nuevo ente, Jeune Europe [JE], que constituiría la organización de ultraderecha internacional más importante creada desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. A través de JE, Thiriart lanzó un discurso centrado en un paneuropeísmo fascista, que exhortaba a la juventud de todos los países a luchar por la unidad de Europa, combatiendo por igual el imperialismo norteamericano y el soviético: «Ni Moscú, ni Washington» fue una de sus consignas famosas. La Europa unificada «de Brest a Bucarest», caracterizada como «un imperio de 400 millones de hombres», según describió Thiriart en su obra *¡Arriba Europa!* (1965), debía asentarse sobre un régimen económico y político alternativo tanto al capitalismo como al comunismo. Debía configurar una «Tercera Vía» capaz de romper el mundo bipolar: «Entre el bloque soviético y el bloque de Estados Unidos, nuestra tarea histórica es edificar una gran patria: la Europa unitaria, poderosa, comunitaria»<sup>8</sup>.

Pese a su breve duración, JE manifestó una gran capacidad de irradiación ideológica en el conjunto de la ultraderecha occidental

---

<sup>8</sup> J. Thiriart, *¡Arriba Europa! Una Europa unida: un imperio de 400 millones de hombres*, Barcelona, Mateu, 1965, pág. 15.

por dos razones. Por una parte, dotó al neofascismo europeo de un mito movilizador capaz de contrarrestar los avances de la descolonización, ya que ante el desmoronamiento de los viejos imperios coloniales configuró un nuevo símbolo dinamizador para las nuevas generaciones: la Europa unificada, convertida en la potencia mundial más importante. Por otra parte, su propuesta de configurar una «Tercera Vía» creó un marco favorable para las nuevas síntesis políticas de finales de los años sesenta, capaces de integrar el anticomunismo beligerante de la Guerra Fría con la crítica al imperialismo norteamericano e incluso buscar puntos de encuentro con las guerrillas tercermundistas. La prensa de JE, de este modo, pasó a apoyar al castrismo, al Vietcong, a los Black Panthers y a la guerrilla palestina. Incluso consideró a la URSS un aliado potencial de la futura Europa y Thiriart afirmó entonces que Europa debía extenderse «de Brest a Vladivostok»<sup>9</sup>.

Junto a los procesos de descolonización citados, el otro factor decisivo en la configuración de una nueva extrema derecha europea fue la eclosión del «mayo rojo» de 1968. La Nueva Izquierda que entonces surgió determinó una respuesta simétrica en la ultraderecha europea. Se conformó un «mayo blanco» renovador, tanto en el plano organizativo como en el ideológico. Destacaron grupos activistas y violentos, como *Ordre Nouveau* en Francia o *Avanguardia Nazionale* en Italia, y que, en algún caso, manifestaron un singular eclecticismo político (como el llamado «nazi-maoísmo»)<sup>10</sup>. Pero este neofascismo agresivo no fue antiintelectual ni desideologizado, sino que se rearmó acudiendo a obras como las del filósofo italiano Julius Evola o el pensador francés René Guénon, que preconizaban teleologías críticas con el presente e identificaban una edad mítica en el pasado medieval.

En el ámbito ideológico, ante el auge de la Nueva Izquierda en los campus universitarios, se configuró una *Nouvelle Droite* [Nueva Derecha, ND]. Ésta se originó en Francia, en torno al llamado *Groupement de Recherche et d'Études sur la Civilisation Europé-*

---

<sup>9</sup> Sobre el impacto «tercerista» de JE y la posterior evolución de Thiriart, véase L. Michel, *Da Jeune Europa alle Brigate Rosse. Antiamericanismo e logica dell'impegno rivoluzionario*, Milán, Società Editrice Barbarossa, 1992, págs. 45-47; O. Ferrara, *Il mito negato. Da Giovane Europa ad Avanguardia di Popolo. La destra eretica negli anni settanta*, Sarno, Centro Studi «I Diòscuri», 1996.

<sup>10</sup> El «nazimaoísmo» se gestó en la Facultad de Derecho de Roma en 1968 y sus seguidores vitoreaban lemas como «Hitler y Mao unidos en la lucha» o «Viva la dictadura fascista del proletariado» (E. Cadena, *La ofensiva neofascista*, Barcelona, Acervo, 1978, pág. 70). No obstante, hay dudas sobre si este fenómeno fue inducido por servicios de información (F. Laurent y N. Sutton, *L'orchestre noir*, París, Stock, 1978, págs. 175-176; R. Monzat, *Enquêtes sur la droite extrême*, Paris, Le Monde Éditions, 1992, págs. 93-94).

enne [GRECE] constituido en 1968, y contó con una intelectualidad que renovó el discurso ultraderechista. Éste incorporó cuestiones hasta entonces propias del universo ideológico de la «izquierda» (como la ecología) y enfatizó la importancia de lo mítico y lo fantástico, lo pagano y lo ancestral. A la vez, criticó duramente a la religión católica y al pensamiento judeocristiano por difundir cosmovisiones igualitarias. La ND también reformuló los postulados racialistas tradicionales y articuló un pensamiento neorracista basado en un determinismo biológico extremo: ahora, se arguía, no existían razas superiores; las razas eran simplemente diferentes y, por ello, debían permanecer separadas a fin de preservar sus rasgos distintivos. De este modo, la ND alumbró un racismo nuevo a partir del llamado «elogio de la diferencia».

La ND se difundió en numerosos países europeos, pero sólo actuó en el plano de las ideas y rechazó la intervención directa en la política: se definió como *metapolítica* (literalmente, situada «más allá de la política») y se proclamó portadora de un «gramscismo de derechas», que preconizaba la necesidad de conseguir la hegemonía cultural como paso previo a la obtención de la política e ideológica<sup>11</sup>. En Francia, la ND consiguió ejercer una amplia influencia en el conjunto de la derecha, tanto en la democrática como en la extremista; sus teorizaciones permitieron renovar el arsenal ideológico de la ultraderecha y, en buena medida, facilitaron su éxito en los años ochenta: el neorracismo de la ND facilitó la construcción de la denominada «identidad nacional» (en la que, como se explica más adelante, coexisten el plano biológico y el cultural), que los actuales partidos y grupos de extrema derecha pretenden defender de inmigrantes foráneos.

#### EL «BÚNKER»: UNA CULTURA POLÍTICA NOSTÁLGICA Y CERRADA

En España, la extrema derecha evolucionó al margen de los dos hechos que hemos considerado decisivos en el ámbito de la ultraderecha europea: la descolonización de las posesiones españolas en África (Marruecos, Guinea, Sahara) no motivó reacciones de protesta destacadas en la calle o en el seno de las Fuerzas Armadas, ni tampoco arraigó el discurso paneuropeo de JE ni el de la ND nacida con el «mayo blanco». En los años sesenta, la cul-

---

<sup>11</sup> Sobre la ND, véase A.-M. Duranton-Crabol, *Visages de la Nouvelle Droite. Le G.R.E.C.E. et son histoire* (París, Presses de la FNSP, 1988) y «Les néo-païens de la Nouvelle Droite», *L'Histoire*, 219 (marzo de 1998), págs. 50-51; P.-A. Taquieff, *Sur la Nouvelle Droite. Jalons d'une analyse critique* (París, Descartes & Cie, 1994).

tura política de la ultraderecha española (poco preocupada por obtener un eco europeo y, en cambio, inquieta por alcanzarlo en América Latina) siguió centrada esencialmente en los ejes ideológicos de los años treinta: la defensa y exaltación de la religión católica y la del ideal de la Hispanidad. También asumía el discurso oficial «nacional-católico», que consideraba la Guerra Civil como una «Cruzada» y al general Franco como un «Caudillo». Se trataba de un discurso cuyos postulados no habían cambiado pese a los años transcurridos desde el final de la contienda. Ya en el ocaso del franquismo, incluso los fascismos de entreguerras en los que la extrema derecha buscó sus referentes político-ideológicos fueron singulares: las loas a las potencias del Eje vigentes hasta los años sesenta, dejaron paso a una admiración creciente por el rexismo belga, liderado por Léon Degrelle, y por la Guardia de Hierro rumana (o Legión de San Miguel Arcángel), dirigida por Corneliu Zelea Codreanu. *Grosso modo*, la búsqueda de afinidades por parte de la ultraderecha española con tales movimientos en las postrimerías de la dictadura se vió favorecida por la mística cristiana (y antisemita) común a Degrelle y Codreanu y, sobre todo, porque España, finalizada la Segunda Guerra Mundial, fue tierra de asilo tanto para el dirigente rexista como para el sucesor de Codreanu, Horia Sima.

Estos parámetros configuraron un espectro ideológico escasamente interesado por los discursos de la extrema derecha europea occidental y, en general, refractario a las innovaciones políticas. Fueron precisamente la defensa de la Hispanidad —exaltadora de la labor civilizadora de España en América Latina y África— y el acendrado catolicismo los elementos que dificultaron la implantación de los renovadores discursos ultraderechistas paneuropeos y anti-igualitarios en boga. La extrema derecha española, pese a su repliegue interno, fue incapaz igualmente de aproximarse a la portuguesa, que experimentó una evolución similar: asistió al despliegue gubernamental de la tecnocracia en la época caetanista, contempló pasiva la pérdida de las últimas posesiones de ultramar y se intentó vertebrar a través de una revista católica, *Resistência*, que (como *Fuerza Nueva*) fue editada por un núcleo de extrema derecha, el *Círculo de Estudos Sociais Vector*. En el plano del discurso y de los referentes simbólicos, la nostalgia ultranacionalista española de la Hispanidad fue pareja a la portuguesa de la *lusitanidade*<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Sobre la evolución de la ultraderecha portuguesa véase António Costa Pinto, «A direita radical em Portugal. Uma introdução», *Risco*, 12 (otoño de 1989), págs. 67-86; «The radical right in contemporary Portugal», en L. Cheles, R. Fer-

De este modo, no fue extraño que la única organización española explícitamente racista de cierta entidad, el neonazi Círculo Español De Amigos De Europa [CEDADE], creado en 1966, lograra un protagonismo muy limitado en el seno de la ultraderecha. Su racismo de molde hitleriano chocó frontalmente con la cultura católica e imbuida de Hispanidad de la extrema derecha autóctona: era contradictorio hablar de «países hermanos» (en referencia a América Latina y las excolonias de África) y, a la par, menospreciar a sus habitantes<sup>13</sup>; también lo era establecer jerarquías raciales, dado que en este segmento político predominaba la cultura católica, que afirma la igualdad de todos los hombres ante Dios. Además, no debe olvidarse el hecho que España fue hasta inicios de los años setenta un país exportador de inmigración<sup>14</sup>.

Este anquilosamiento ideológico de la ultraderecha española se reveló como un elemento decisivo de su fracaso durante la Transición, pues conformó un discurso centrado en presentar la restauración de la democracia como un retorno a la época prebélica: el país, a sus ojos, continuaba inmerso en la «Cruzada» iniciada en 1936, aún inconclusa. Tal mensaje halló una sociedad escasamente receptiva por dos circunstancias. La primera era el deseo generalizado de «reconciliación nacional»: durante las casi cuatro décadas de dictadura se había desarrollado un amplio consenso en torno a la necesidad de una reconciliación que cerrara las heridas provocadas por la guerra fratricida, por lo que un discurso que apelaba constantemente al retorno a las trincheras de la Guerra Civil difícilmente podía motivar la adhesión de una población que deseaba superar el pasado y «ganar» el futuro. La segunda razón era el impacto de los cambios económicos y sociales producidos en los años del «desarrollismo», que habían conformado una sociedad profundamente moderna y laicizada, nada receptiva a un discurso ultracatólico y reivindicador del Estado confesional. De este hecho era consciente la propia ultraderecha, como testimo-

---

guson, M. Vaughan (eds.), *Neofascism in Europe*, Londres/Nueva York, Longman, 1992 (2.<sup>a</sup> ed.; 1.<sup>a</sup> 1991), págs. 167-190. Véase igualmente, CRIDA, Rapport, 1998. *Panorama des actes racistes et de l'extrémisme de droite en Europe*, París, CRIDA, 1998, págs. 174-182; J.-Y. Camus (dir.), *Les extrémismes en Europe. État des lieux 1998*, París, CERA-Éditions de l'Aube, 1998, págs. 286-293.

<sup>13</sup> A título de muestra de la simpatía por el mundo hispano, FE de las JONS(a), legalizó la Asociación de Amigos de Guinea Ecuatorial [ASODAGUE] en 1977, con finalidades socioculturales y asistenciales (J. M., «Guinea. Esa responsabilidad pendiente», *Patria Sindicalista* [¿núm. 4 ó 5?], octubre de 1977, pág. 4).

<sup>14</sup> Véase R. Puyol, «Población e inmigración en España», en J. Tusell, E. Lamo de Espinosa, R. Pardo (eds.), *Entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, págs. 618-622.

nian las memorias de José Antonio Girón, exministro y cabeza visible de los excombatientes franquistas:

El error de Franco [...] fue creer que con viviendas, frigoríficos y automóviles iban a matarse los virus de una revolución que, [...], obedecían a la pavorosa máquina de la anti-España. Por otra parte, el bienestar, la fructífera riada turística, la evolución de los sistemas de comunicación, habían relajado ampliamente la conducta de la austeridad y en gran parte de la integridad de la fe de nuestras gentes [...]. Se empezaba a apreciar en todo [...] que empezamos a ser entre nosotros mismos unos perfectos desconocidos<sup>15</sup>.

Este bagaje ideológico de la ultraderecha se mostró, a medio plazo, una costosa hipoteca para su crecimiento. No porque éste se materializase en un ideario nostálgico (el neofascismo constituye en sí mismo una «política de la nostalgia»), sino porque, falto de un proyecto político de futuro (por vago o nebuloso que éste pudiera ser), configuró un discurso «arcaizado», que facilitó el progresivo aislamiento de la ultraderecha de la vida política española. De este modo, ni el «mito Europa» codificado por Thiriart fue asumido por el neofascismo hispano de los años sesenta, ni las sendas «metapolíticas» de la ND fueron exploradas (éstas sólo merecieron escasa atención a partir de mediados de los años ochenta). Consecuencia de todo ello fue que cuando la extrema derecha española concurrió al «mercado electoral», se halló en clara desventaja respecto a sus oponentes. Su mensaje, anclado en los años treinta e indisoluble del recuerdo de la dictadura, tenía escaso atractivo para la población y era poco permeable a un contexto político en el que se sucedían los cambios rápidamente. Tras morir Franco y habiendo gozado de un régimen «proteccionista» en el campo ideológico (que le otorgó prácticamente el monopolio de la escena política durante cuarenta años), la extrema derecha reaccionó tarde y mal ante la inesperada competencia política a la que tuvo que enfrentarse.

NI PARTIDO, NI TÁCTICA, NI ESTRATEGIA

Si el anquilosamiento ideológico fue un elemento estructural en la debilidad política de la ultraderecha española, existió otro más coyuntural: su incapacidad para vertebrarse políticamente. La ultraderecha afrontó sorprendida el proceso de democratización, ya

---

<sup>15</sup> J. A. Girón de Velasco, *Si la memoria no me falla*, Barcelona, Planeta, 1994 (3.ª ed.), pág. 194.

que creía que la monarquía de Juan Carlos I comportaría la continuidad institucional del franquismo, pues Franco había elegido al príncipe como su sucesor. Por ello, las reformas políticas que tuvieron lugar la sorprendieron y sólo destacó un partido por su capacidad de movilización, Fuerza Nueva [FN], creado en 1964 como una sociedad político-editorial, liderada por el notario toledano Blas Piñar.

Es importante remarcar que entre 1977 y 1979, profundas divisiones sumieron a la ultraderecha en un proceso de «autofagia». Así, el nombre de Falange Española fue disputado por cuatro colectivos: los Círculos Doctrinales José Antonio (liderados por Antonio Márquez); el núcleo dirigido por Sigfredo Hillers (que originaría la Falange Española Independiente); la Falange Española «Auténtica» (con una Jefatura formada por Narciso Perales, Miguel Hedilla y Pedro Conde Soladana) y el Frente Nacional Español, liderado por Raimundo Fernández Cuesta (que, finalmente, fue el que consiguió la denominación oficial de FE de las JONS). Pero el mosaico falangista o el fraccionamiento del carlismo (dividido entre los seguidores de Carlos-Hugo de Borbón Parma y su Partido Carlista y los tradicionalistas filofranquistas) no fueron sino ejemplos vistosos de un problema profundo: la disgregación política de este ámbito ideológico. CEDADE, por ejemplo, anatemizó en 1978 a Piñar como «un elemento más al servicio del sionismo», porque aquél afirmó que se quería anexionar Navarra a Euskadi «con un espíritu imperialista y nazi», y CEDADE incluyó a FN entre los partidos «al servicio de las ideas internacionales sionistas» dependientes «del capital judío mundial»<sup>16</sup>. En síntesis, los clamores de unidad se elevaron desde las filas de la ultraderecha, pero entre las consignas y la realidad medió un abismo<sup>17</sup>.

Por consiguiente, en las primeras elecciones democráticas no se logró articular una alianza amplia: desechada la posibilidad de construir un gran frente de derechas por el rechazo de Manuel Fraga a integrarse en él, ni siquiera se logró impulsar una coalición que aglutinase todas las siglas y seguidores de la ultraderecha. Así, la coalición Alianza Nacional 18 de julio (de nombre inequívoco en cuanto a sus referentes ideológicos), liderada por FN, obtuvo modestos resultados (65.001 votos; 0,3 por 100). Sin embargo, la situación cambió en las elecciones legislativas de 1979, cuando FN lideró una nueva coalición, Unión Nacional, que consiguió 379.463 votos (2,1 por 100) y un escaño para Piñar. Aun-

<sup>16</sup> «Blas Piñar y los judíos», CEDADE, 79 (enero de 1978), págs. 8-9.

<sup>17</sup> Sobre las divisiones internas, véase F. Torres, «Fuerza Nueva: 1976-1982. La alternativa nacional», *Fuerza Nueva*, 967 (23-VII/6-VIII-1988), págs. 22-29.

que tal éxito pareció indicar que la ultraderecha podría consolidar un espacio político, en las elecciones legislativas de 1982 FN se hundió en las urnas (108.654 votos; 0,5 por 100). En ese año, la presencia de ocho candidaturas de este espectro político hizo patente su división; entre ellas figuraba la del teniente coronel golpista Antonio Tejero, al frente de su propio partido, Solidaridad Española [SE] (28.541 votos).

¿Qué ocurrió entre 1979 y 1982 para explicar semejantes resultados? Si bien la ultraderecha halló un marco político desfavorable (en especial por la competencia de Alianza Popular [AP]), las razones de esta *débâcle* deben buscarse en la dirección, estructura y militancia de FN.

En primer lugar, por su incapacidad de conformar un partido sólido y que unificase las diferentes «familias políticas», como el Front National francés<sup>18</sup>. FN no fue la fuerza vertebradora de este espacio político, sino su partido hegemónico, en relación al cual se definió por afinidad u oposición el resto de partidos ultraderechistas.

En segundo lugar, FN careció de cuadros y la elección de sus cargos directivos dependió en gran medida de la dirección central<sup>19</sup>. En este aspecto, la toma de decisiones no siempre se guió por criterios de idoneidad, sino por influencias de tipo diverso: así, se denunció la existencia de una pretendida camarilla femenina, agrupada en torno a la esposa de Piñar (a la que se atribuía gran influencia en las decisiones de éste último) o determinados grupos familiares coparon las direcciones provinciales del partido. En realidad, más que conformar un partido, FN conservó su estructura inicial de agrupación de electores en torno a una revista homónima y dirigida por un líder carismático, Piñar. En este aspecto, FN se hizo (y en buena medida desapareció de la escena política) a imagen y semejanza de su máximo dirigente.

En tercer lugar, el partido descuidó aspectos logísticos e ideológicos. No elaboró programa alguno: las intervenciones de Piñar, impresas en la revista o editadas en cintas de cassette, suplieron, aparentemente, la falta de línea política oficial o de propuestas de gobierno. Esta ausencia se agravó en la medida en que tampoco existió una estrategia clara, hecho que originó tácticas confusas y facilitó la crisis del partido. En efecto, FN osciló entre la inserción

---

<sup>18</sup> El FN francés, en este sentido, ha sido definido como un «partido ecuménico» (A. Rollat, *Les hommes de l'extrême droite. Le Pen, Marie, Ortiz et les autres*, París, Calmann-Lévy, 1985, pág. 104).

<sup>19</sup> Sobre la estructura y organización de FN, véase J. L. Rodríguez, *Reaccionarios*, págs. 202-206; Colectivo Flamel, *Fuerza Nueva. Vida y muerte de un partido*, Ediciones Alternativa, Barcelona, 1985, s.n.

en el sistema democrático (de manera semejante al *inserimento* protagonizado por el MSI) y la posibilidad de conformar un partido antisistema. Tal dilema hizo que en FN, más que coexistir una estrategia electoral con otra aparentemente filogolpista, se optase por una confusa «vía electoral» y una poco definida «vía antisistema». Se condenó el sistema de partidos («la partidocracia»), pero se acudió sistemáticamente a las elecciones, abocando en ellas los mayores esfuerzos; paralelamente exaltó la acción directa para acabar con el sistema, pero el partido, como tal, permaneció al margen de la organización y desarrollo del «23-F».

En cuarto lugar, esta oscilación entre la incorporación al sistema y la exhortación a acabar con el mismo no fue ajena a episodios de criminalidad protagonizados por personas del entorno fuerzanuevista que, enardecidas por unos discursos virulentamente antidemocráticos y que denunciaban supuestas conjuras marxistas y separatistas, pasaron a la acción violenta. En este aspecto, es importante destacar que, paradójicamente, la criminalidad ultraderechista —protagonista de una triste crónica negra durante la Transición— acabó por perjudicar a su propio espectro ideológico, pues éste no obtuvo rédito político alguno de tales hechos, a la par que se autocriminalizó. La violencia que emanó del entorno de FN, en lugar de crear una imagen de «partido de orden», proyectó a menudo la de «partido del desorden». Igualmente, sus concentraciones juveniles paramilitares tuvieron un impacto mediático desfavorable, pues, recogidas y difundidas profusamente a través del fotoperiodismo de la época, le restaron «seriedad».

En quinto lugar, aunque la ultraderecha dispuso de prensa afín y próxima, notablemente *El Imparcial* y *El Alcázar* (periódico de la Hermandad Nacional de Ex-Combatientes), ésta no optó siempre por dar un apoyo claro o implícito a FN: *El Alcázar* (cuya tirada era de 76.000 ejemplares en 1980) no ofreció un apoyo incondicional a FN, sino que fue más favorable a FE de las JONS y en las convocatorias electorales tendió a recomendar, de manera indirecta, el voto a AP<sup>20</sup>.

En este marco que, a grandes rasgos, caracterizó la evolución de la ultraderecha entre 1975 y 1982, los hechos del «23-F» y sus secuelas sacaron a la luz las contradicciones indicadas. FN, lejos de ser «el partido del golpe», nada tuvo que ver con él, ni existió trama civil alguna numéricamente relevante. Las Fuerzas Armadas, siguiendo la tradición militar autóctona, obviaron la eventual

---

<sup>20</sup> Sobre la tirada de *El Alcázar* y sus posicionamientos políticos ante las elecciones, véase J. L. Rodríguez, *Reaccionarios*, págs. 233-235 y 209.

participación de la ultraderecha, que tuvo un papel mínimo y subsidiario en la intentona. Fracasado el acceso al poder por la vía golpista, a la extrema derecha sólo le quedó el camino de las urnas, y en él se hizo palpable su desconcierto: FN no quiso concurrir coaligada con la formación de Tejero, SE, porque Piñar temía que su partido fuera asociado por el electorado al golpe de Estado; Tejero, por motivos ignotos, decidió no pactar un acuerdo con Piñar. El resultado fue que los votantes de extrema derecha vieron, desconcertados, a ocho siglas de este espectro compitiendo entre sí, hecho que disminuyó su peso electoral (150.032 votos en total) y favoreció a AP.

El corolario de la debilidad de este sector fue que una decisión personal de Piñar tras aquellos comicios (alegando dedudas contraídas y pérdida de apoyos) comportó la disolución de FN, hecha pública el 20-N de 1982 en un escueto comunicado, y su transformación en un llamado Centro de Estudios Políticos y Sociales [CESPE]. Ello desilusionó a numerosos seguidores, que abandonaron definitivamente la militancia política, y dejó a AP como gran beneficiaria electoral del llamado «franquismo sociológico». Además, la desaparición de FN sumió a la ultraderecha española en la atonía política: falta de un polo dinamizador, sus contradicciones internas se agudizaron y su crisis se precipitó. A partir de entonces, este espacio político inició una nueva etapa, cuya característica más destacada fue su creciente marginalidad.

### ¿QUIÉNES ERAN LOS «ULTRAS»?

Al margen de los factores apuntados, para comprender el rápido declive político de la ultraderecha española en poco más de tres años es necesario recurrir tanto a una reflexión sociológica (sobre la imposibilidad de identificar mecánicamente franquismo y ultraderechismo), como a otra de carácter más antropológico, relativa a los grupos de edad integrantes de este espectro político, ambas arriesgadas en la medida en que se sustentan en fuentes de información fragmentarias.

En primer lugar, es importante tener en cuenta que el grueso de la clase política surgida en el franquismo no se incorporó a las filas de la extrema derecha, sino a las del reformismo encarnado por la Unión de Centro Democrático [UCD] —edificada en parte a través de las redes del Movimiento Nacional— o de la derecha «fraguista». FN (al igual que la mayoría de formaciones afines) reunió a notables de la dictadura, pero éstos no fueron emblemáticos de la misma. El contraste entre Piñar y Fraga es ilustrativo de nuestra tesis: el primero permaneció en la «periferia» del régimen, manifestando un apoyo crítico al mismo, y nunca fue nombrado mi-

nistro (a ello —según manifestó la viuda del almirante Luis Carrero Blanco— se habría opuesto el propio Franco)<sup>21</sup>. Es más, entre las cabezas visibles de la AP inicial figuraron seis exministros franquistas: Fraga, Licio de la Fuente, Gonzalo Fernández de la Mora, Laureano López Rodó, Cruz Martínez Esteruelas y Federico Silva Muñoz. La ultraderecha, pues, no logró agrupar al grueso de élites políticas franquistas, sólo a una parte no relevante de éstas. De este modo, si bien es cierto que fuerzanuevismo fue sinónimo de franquismo, el binomio no pudo plantearse de modo inverso: FN fue incapaz de aglutinar tanto a todos los nostálgicos del franquismo, como a la mayoría de quienes valoraban positivamente la dictadura; estos sectores optaron por dar su apoyo a la UCD y, en especial, a la AP<sup>22</sup>.

En segundo lugar, aunque FN podía albergar expectativas de crecimiento por haberse conformado como un partido relativamente interclasista<sup>23</sup>, éstas quedaron constreñidas generacionalmente. El fuerzanuevismo reunió mayoritariamente a dos grupos de edad, que eran los más susceptibles de adherirse a su discurso «nacional-católico», beligerantemente anticomunista y opuesto a la democracia: los jóvenes y los ancianos, manifestando una presencia débil de seguidores de edad adulta. FN integró ancianos nostálgicos de Franco —hecho que creaba un obvio techo biológico al crecimiento del partido— y a jóvenes atraídos por el activismo que entonces ofrecían los sectores más radicales del arco político (la sección juvenil de FN, Fuerza Joven [FJ], ha sido señalada como la más numerosa de todos los partidos)<sup>24</sup>. El histo-

---

<sup>21</sup> B. Piñar, Carrero Blanco y nosotros. Conferencia pronunciada en ADES-Asociación de Estudios Sociales en Barcelona (3-X-1995), Barcelona, Gráficas Fomento, 1996. pág. 12.

<sup>22</sup> En este sentido, se ha identificado a la AP inicial con la extrema derecha (véase el análisis de la transición en Catalunya de B. de Riquer en J. Tusell, Á. Soto (eds.), *Historia de la transición*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pág. 476). De hecho, desde FN el partido de Fraga fue visto como un directo competidor, como reflejó reiteradamente su revista (véase a título de ejemplo, Arlequín, «La mayoría natural», *Fuerza Nueva*, 790, 27-II/6-III-1982, págs. 10-11; V. Doménech Grau, «Qué son los ultras», *Fuerza Nueva*, 730, 3-I-1981, pág. 20). En cualquier caso, debe remarcarse la ausencia de estudios sobre esta cuestión y en general sobre AP (con algunas excepciones, como L. López Nieto, *Alianza Popular: Estructura y evolución electoral de un partido conservador (1976-1982)*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1988).

<sup>23</sup> Sobre la militancia de FN véase J. L. Rodríguez, *Reaccionarios*, págs. 213-214; Colectivo Flamel, *Fuerza Nueva*, s.n..

<sup>24</sup> José Ignacio San Martín afirmó que «Fuerza Joven tiene probablemente más militancia que todas las organizaciones juveniles de los otros partidos políticos» (Servicio especial. A las órdenes de Carrero Blanco (de Castellana a El Aaiún), Barcelona, Planeta, 1983, pág. 246).

riador José Luis Rodríguez describe así la composición generacional de FN:

En cuanto a la edad de los militantes, [...], cabe diferenciar dos bloques: de menores de veinticinco años, y de mayores de cincuenta, existiendo entre ambos una amplia laguna. Apenas encontramos militantes o cuadros de edades intermedias (entre treinta y cuarenta cinco años), tan importantes para el desarrollo y asentamiento de cualquier fuerza política. Incluso, a partir de 1977 se percibe un descenso en la edad de los militantes más jóvenes, al incorporarse afiliados de 17, 16 y 15 años; no obstante, un cierto número de afiliados abandonaba Fuerza Joven cuando se les pasaba la época en que habían sentido atracción por los uniformes y las formaciones de milicias de tipo fascista<sup>25</sup>.

Esta realidad, a corto plazo, también fue otro talón de Aquiles: en la medida que los vibrantes discursos que exhortaban a acabar con la democracia no tenían una traducción práctica inmediata y en tanto FJ, pese a su importancia numérica, tenía un papel subsidiario en el partido, creció el descontento en su seno y se produjeron escisiones importantes: el Frente Nacional de la Juventud en Barcelona (1977) y el Frente de la Juventud en Madrid (1978). Esta situación se agravó con la disolución de FN en 1982, cuando el grupo de edades intermedias, ya minoritario, abandonó la política activa o se sumó a AP.

En este sentido, la militancia juvenil en FN (y, por extensión, en el conjunto de este espectro ideológico) posiblemente constituyó lo que antropológicamente se denomina «rito de paso»<sup>26</sup>: una iniciación en la vida política que no desembocaba en el compromiso estable con una opción de ultraderecha, sino en una evolución ideológica que al alcanzar la edad adulta conducía a las filas de la derecha fraguista. La figura del actual presidente español, José M. Aznar, podría ilustrar esta tesis, pues habría empezado su trayectoria militante en las filas del Frente de Estudiantes Sindicalistas [FES], organización falangista surgida en 1963, opuesta a la burocratización del Movimiento y de notable impronta católica. Cuando el FES creó en 1970 su Sección de Enseñanza Media (que habría dispuesto de buena implantación en institutos y escuelas de Formación Profesional), Aznar fue su

---

<sup>25</sup> J. L. Rodríguez, *Reaccionarios*, pág. 214.

<sup>26</sup> Seguimos la tesis sostenida por Enric Ucelay-Da Cal en relación al nacionalismo radical catalán («La iniciació permanent: nacionalismes radicals a Catalunya des de la Restauració», en *Congrés Internacional d'Història de Catalunya i la Restauració. Comunicacions*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 1992, págs. 127-134).

dirigente. Después éste evolucionó hacia posiciones de derecha democrática, se adhirió a AP y posteriormente lideró el viraje centrista del Partido Popular [PP]<sup>27</sup>.

En cualquier caso, esta estructura generacional supuso para la ultraderecha un obstáculo insalvable a la hora de su recomposición, al comportar la falta de cuadros políticos adultos que transmitiesen su experiencia a las nuevas generaciones. Tras la crisis abierta en 1982, quienes podrían haber desempeñado la labor de «constructores de partido» (militantes que extraen experiencias de los fracasos hasta tejer una sólida organización capaz de conseguir el éxito, como en el caso del Front National), brillarían por su ausencia en la ultraderecha española<sup>28</sup>. El «factor humano», en síntesis, habría sido tan importante como el ideológico y el organizativo en el fracaso neofascista.

#### ENTRE EL LEGADO FRANQUISTA Y EL ESPEJISMO LEPENISTA

Después de la disolución de FN, la ultraderecha no experimentó cambio alguno hasta octubre de 1984. Entonces tuvo lugar una primera tentativa de reorganización, mediante una iniciativa del rotativo *El Alcázar*, que pretendió fundar un nuevo partido, Juntas Españolas de Integración, posteriormente conocido como Juntas Españolas [J.J.EE.]. Impulsado por el director del periódico, Antonio Izquierdo, pretendía ocupar el vacío dejado por FN. Sin embargo, el nuevo proyecto se reveló inviable muy pronto: las adhesiones fueron menos de las previstas, al igual que el volumen de ingresos (se especuló con la posibilidad de que la creación de Juntas fuese una maniobra para sufragar los cuantiosos gastos del diario, que atravesaba una difícil situación)<sup>29</sup>. El resultado de todo ello fue que J.J.EE. careció de un liderazgo mínimamente estable y no consiguió una implantación remarcable (tuvo más éxito en Cataluña que en Madrid). En el aspecto ideológico, J.J.EE. apenas aportó novedades respecto al «piñarismo». Excepto una tímida

---

<sup>27</sup> Véase J. Onrubia, *Historia de la oposición falangista al régimen de Franco en sus documentos (I)*, Madrid, Fragua, 1989, pág. 25; F. Blanco Moral, «El Frente de Estudiantes Sindicalistas. Una manifestación de la oposición falangista al régimen de Franco», *Espacio, tiempo y forma*, serie V, Historia Contemporánea, tomo 3, 1990, pág. 194.

<sup>28</sup> Sobre la importancia de los «constructores de organización» en el FN francés, véase E. Plenel, A. Rollat, *L'effet Le Pen*, París, La Découverte/Le Monde, 1984, pág. 7.

<sup>29</sup> Véase M. Bonilla, «Antonio Izquierdo, un ejemplo de patriota a carta cabal», *Alcantarilla*, 7 (marzo-abril de 1987), págs. 10-11.

apertura perceptible en la asunción de un Estado no confesional, la admisión del divorcio y una expresión menos vistosa de la nostalgia por el franquismo, nada separó a la nueva organización de la anterior.

La crisis se agudizó con el retorno a la escena política de Piñar, que refundó FN en 1986, ahora con el nombre de Frente Nacional (el éxito de Le Pen en las elecciones europeas de 1984 marcó un camino a imitar). El nuevo FN y las JJ.EE. fueron incapaces de llegar a un acuerdo y su marginalidad se acentuó. La situación se agravó con el cierre de *El Alcázar* en 1987, pues despareció el único órgano de prensa que mantenía la cohesión de los integrantes de este espectro ideológico.

La dicotomía FN-JJ.EE (un partido continuista de la herencia del «búnker» y otro de presunto tinte modernizador) podría recordar vagamente la pugna que existió en Francia durante el período 1974-1981, entre un partido de ultraderecha moderno, el Parti des Forces Nouvelles [PFN] —autoproclamado la *droite design*— y la continuidad y síntesis de experiencias anteriores, encarnada por el Front National. Pero este aparente paralelismo no se corresponde con la realidad. Los patrones ideológicos de la ultraderecha francesa de los años ochenta poco tenían que ver con el «nacional-catolicismo» de Piñar o su tímido *aggiornamento* «juntero». El PFN encarnó una tentativa frustrada de materializar en política las ideas de la ND, mientras que entre 1972 y 1984 el Front National (que finalmente se impuso en la pugna al entrar en crisis su rival) consiguió dejar de ser un partido neofascista para convertirse en la punta de lanza de una nueva ultraderecha, designada como «post-industrial» o «nacional-populismo»<sup>30</sup>.

Ante la extrema derecha designada como «tradicional» (ligada a la ideología fascista y que preconiza la instauración de un «nuevo orden» corporativo y con mecanismos de representación no individuales), el nuevo extremismo de derecha encarnado por el lepenismo manifestó un nacionalismo que ya no miraba al pasado ni giraba en torno al Estado y al papel que este debía desempeñar, sino que se estructuró en torno a la exaltación y preservación de una supuesta «identidad nacional» amenazada por causas diversas, como la inmigración foránea, la pérdida de soberanía motivada por la integración en organismos supranacionales o el colonialismo cultural. Tal identidad poseería supuestamente un

---

<sup>30</sup> Véase un estado de la cuestión reciente sobre la nueva extrema derecha en P. Ignazi, «Les partis d'extrême droite: les fruits inachevés de la société post-industrielle» (comunicación presentada al VI congreso de l'Association Française de Science Politique, Rennes, 28-IX/1-X-1999).

fundamento biológico transmitido genéticamente y, a la vez, un componente cultural.

Le Pen ha sido didáctico y muy explícito sobre la cuestión: «La *nación* —ha afirmado— es una comunidad de lengua, de interés, de raza, de recuerdos, de cultura donde el hombre se desarrolla. Se halla unido a ésta por sus raíces, sus muertos, el pasado, la herencia y la heredad [l'hérédité et l'héritage]. Todo lo que la *nación* le transmite en su nacimiento posee ya un valor inestimable». Por consiguiente, este patrimonio debe preservarse y transmitirse «y no dilapidarlo en provecho de pasajeros clandestinos», en alusión a la inmigración<sup>31</sup>. Biología y cultura, al reforzarse mutuamente, hacen imposible la asimilación de población foránea, condenada de este modo a la exclusión.

Este discurso sería empleado por otros partidos de ultraderecha, como el ya citado FPÖ o el Vlaams Blok en Bélgica. Éstos ya no se identifican claramente con el fascismo histórico, aunque ello no impide que sean formaciones antidemocráticas (cuando no abiertamente racistas y antisemitas). Exigen instaurar regímenes presidencialistas y facilitar la celebración de referendums, justificándose en su desconfianza hacia los partidos políticos y cámaras representativas, que —desde su perspectiva— se erigen en unos intermediarios que desvirtúan el ejercicio de la soberanía popular. Su discurso «nacional-identitario» gira en torno a tres grandes cuestiones: la xenofobia o el neorracismo, el rechazo a la inserción de los Estados en instituciones europeas y la oposición a un denominado «pensamiento único», teóricamente difundido desde Estados Unidos y exportador del liberalismo político y económico. Según Ignazi, la hábil explotación de la temática inmigratoria ha permitido alcanzar el éxito a esta ultraderecha en sectores sociales amplios y heterogéneos, pues se dirige a la población en términos de «valores» e «identidad»:

Son la respuesta de clases sociales complejas, pero con una fuerte presencia obrera, que experimentan una desubicación cultural frente a los cambios sociales: costumbres y relaciones interpersonales no dispuestas sobre una moral tradicional; inmigración como amenaza a la seguridad personal y a la identidad personal; pérdida de redes asociativas (y consiguiente mayor atomización); indiferencia del mundo, corrupto y lejano, de la política; empañamiento de la imagen de fuerza y autoridad. Éstos son los problemas que mueven al electorado y lo dirigen hacia

---

<sup>31</sup> Citado en P.-A. Taguieff, «Un programme révolutionnaire», en N. Mayer, P. Perrineau (dirs.), *Le Front National à découvert*, Paris, Presses de Sciences Po, 2.<sup>a</sup> ed. 1996 (1.<sup>a</sup> ed. 1989), págs. 214-221.

la derecha. Por ello los nuevos partidos recogen consensos diversificados: porque han dado respuestas en términos de valores e identidad mucho más que de intereses<sup>32</sup>.

En definitiva, pese a que los medios de comunicación y el antifascismo militante presentan a la ultraderecha «postindustrial» o al «nacional-populismo» como un retorno del fascismo derrotado en la Segunda Guerra Mundial, nos hallamos ante una realidad política nueva: no se trata de «fenómenos resurgentes», sino «emergentes». Sus teleologías no miran hacia el pasado, sino al futuro: no pretenden restablecer un «nuevo orden» fascista desarrollado en la época de entreguerras, sino instaurar nuevos regímenes de entidad desconocida y en su discurso las alusiones explícitas a los fascismos históricos no son frecuentes ni, sobre todo, constituyen ejes centrales del mismo.

La ultraderecha española, de carácter tradicional, no asumió los nuevos discursos. Así, aunque desde mediados de los años ochenta experimentó una notable atracción por el modelo «lepenista», tanto desde ámbitos «piñaristas» como «junteros», su importación se reveló costosa. No existía una situación objetiva que favoreciese los discursos xenófobos: el porcentaje de inmigrantes sobre el de la población total española, ya en 1994, era el 1,5 por 100, muy alejado del 6,3 por 100 de Francia, el 7,5 por 100 de Alemania o el 9 por 100 de Bélgica<sup>33</sup>. Igualmente, la introducción de postulados racistas o «neorracistas» chocaba frontalmente con la cultura política de la ultraderecha autóctona, defensora del ideal de la Hispanidad y de un catolicismo extremo (en este aspecto, debe tenerse en cuenta que en Francia, uno de los sectores del electorado más hostiles a Le Pen es el católico)<sup>34</sup>. De esta manera, FN y JJ.EE. buscaron el apoyo de Le Pen, pero no asumieron su discurso. Es más, las tentativas de introducirlo fueron aisladas y minoritarias.

### ¿PUEDE TENER ÉXITO UN «NACIONAL-POPULISMO» ESPAÑOL?

La situación de marginalidad de la ultraderecha no varió en los años noventa, pese a que este espectro ideológico experimentó cambios importantes. El más destacado ha sido la desaparición de las formaciones que protagonizaron la Transición o que fueron

<sup>32</sup> P. Ignazi, *L'estrema destra in Europa*, Bolonia, Il Mulino, 1994, págs. 257-258.

<sup>33</sup> Cifras de A. Izquierdo, *La inmigración inesperada. la población extranjera en España (1991-1995)*, Madrid, Editorial Trotta, 1996, pág. 278, nota 2.

<sup>34</sup> P. Perrineau, *Le symptôme Le Pen*, París, Fayard, 1997, págs. 111-113.

sus herederas más directas: CEDADE se disolvió en 1993, argumentando sus últimos dirigentes que debía iniciarse una nueva etapa en este sector político. Entonces algunos exmiembros impulsaron un llamado Proyecto IES (cuyas siglas aludían a un Instituto de Estudios Sociales), que pretendía diseñar una vía de unificación de la ultraderecha. El Frente Nacional de Piñar se disolvió al año siguiente, recuperando el rótulo CESPE. Juntas Españolas, tras liderar la coalición Alternativa Democrática Nacional (de la que formaban parte el Proyecto IES, el Partido de Madrid e independientes), que concurrió a las elecciones europeas de 1994 celebradas aquel año (4.700 votos), se disolvió en enero de 1995 para constituir un nuevo partido, Democracia Nacional [DN]<sup>35</sup>.

DN, desde sus orígenes, ha actuado de modo innovador: no hace alusión alguna al pasado histórico (la Guerra Civil y la dictadura), afirma su vocación populista, se define ideológicamente como «transversal» y partidario de un pacto entre el PP e Izquierda Unida. Rechaza los acuerdos de Maastricht y observa con atención la trayectoria del partido liderado por Le Pen. Pero por ahora, pese a sus escasos rivales, no ha conseguido erigirse en la formación hegemónica de la ultraderecha y debe competir con colectivos como la Alianza por la Unidad Nacional [AUN], liderada por Ricardo Sáez de Ynestrillas, o los distintos grupos falangistas (como la Falange Española de las JONS [FE de las JONS] o la Falange Española Independiente [FEI]). A ello debe añadirse la existencia del Partido de Acción Democrática Española [PADE], que, creado en 1997 por exmiembros del PP, se define explícitamente «español y de derechas». Pese a su ideario democrático, en caso de conseguir cierta proyección electoral y/o política, el PADE podría reunir sectores de ultraderecha faltos de ofertas políticas y desencantados del PP por su evolución centrista<sup>36</sup>.

---

<sup>35</sup> Sobre DN, véase F. Pérez Corrales, «El partido por el que tú y yo luchamos», *DN*, s.p.i., 1995; Documento Programático aprobado en el Congreso Constituyente celebrado en Madrid los días 28 y 29 de enero de 1995; «Nuestra propuesta», *DN*, s.p.i., s.a. [¿1996?]; La política económica de Democracia Nacional frente a Maastricht y los criterios de convergencia, *DN*, s.p.i., 1996. En su II Congreso (marzo de 1998) matizó su posición sobre la «inmigración masiva extraeuropea» expuesta en el programa de 1995 («enmienda que el órgano ejecutivo presenta al II Congreso Nacional», s.a., s.p.i.).

<sup>36</sup> I. Noaín, «Calero funda un partido de “españoles y de derechas con la cabeza bien alta”», *El País* (2-II-1997). Sobre el PADE, véase Discurso de clausura de la convención fundacional del Partido Demócrata Español, Madrid, 1-II-1997, 8 págs. En su primer congreso, el PADE acusó al PP de abandonar la defensa de «la unidad nacional» («El PADE retoma la “defensa de la unidad nacional española”», *La Vanguardia*, 9-II-1998). Sobre la génesis del PADE, véase J. J. Cano Vera, *Aznar: la España rota. Reflexiones de un exmiembro del PP*, Alicante, De Cervantes Ediciones S. L., 1997.

En cualquier caso, los resultados de las elecciones europeas de junio de 1999 evidenciaron el escaso apoyo de estas formaciones: poco más de 15.000 votos la FEI y el PADE; 12.318 la AUN y 10.490 la Falange, mientras DN obtuvo sólo 7.785. No parece, pues, que la ultraderecha vaya a emerger de su marginalidad en un futuro inmediato o a medio plazo, ya que perdura su fragmentación, mientras sus antiguos —o nuevos potenciales— votantes continúan apoyando al PP. En este sentido, el contexto actual parece aún poco propicio a la irrupción de una extrema derecha «postindustrial» similar a la europea, cuyo eje central sea la xenofobia o el racismo, aunque ello no sea descartable a medio plazo. Ello se debe tanto a motivos ideológicos como de concurrencia política que señalamos a continuación.

En primer lugar, en España, como hemos señalado, una opción netamente «lepenista» tropieza con un problema fundamental: la población inmigrante es por ahora poco significativa (aunque su número se duplicará los próximos tres años)<sup>37</sup> y, por ello, un discurso centrado en una «identidad nacional» amenazada por una inmigración masiva carece de una aparente base sólida<sup>38</sup>. Si bien algunos incidentes ocurridos en julio de 1999 en Cataluña (en especial los enfrentamientos vecinales con población magrebí en el barrio de Ca n'Anglada de Terrassa) hicieron aflorar actitudes xenófobas preocupantes<sup>39</sup>, éstas no cuentan por ahora con una oferta electoral con la que puedan identificarse, pues las formaciones actuales de ultraderecha no han concedido un papel central al racismo en sus discursos.

En segundo lugar, actúan diversos partidos regionales de derecha que compiten con el PP por un mismo espacio político y que, ocasionalmente, ocupan el de una potencial extrema derecha. El caso más ilustrativo es el del fenómeno «blavero» en la Comunidad Valenciana: se trata de un regionalismo valenciano que, identificado con la bandera cuatribarrada con una franja azul o «blava», se define por su españolidad y por su anticatalanismo militante.

---

<sup>37</sup> Véase M. Vilaseró, O. Pereda, «El Gobierno prevee un gran aumento de la inmigración», *El Periódico* (7-X-1999).

<sup>38</sup> No obstante, en 1997 un 4 por 100 de ciudadanos se definía como «muy racista» (M. Díaz Prieto, «Racismo de baja intensidad», *La Vanguardia. Revista*, 12-VII-1998).

<sup>39</sup> Sobre esta cuestión, véase F. Flores, «El racismo deja de ser silencioso» (*La Vanguardia. Revista*, 18-VII-1999); M. Noguer, «Manlleu y Vic miran de reojo» (*El País*, 17-VII-1999). Los incidentes se insertan en un contexto de cierta degradación urbana o suburbialización, que favorece reacciones de protesta xenófobas (véase H. Rey, *La peur des banlieues*, Paris, Presses de Sciences Po, 1996, páginas 127-154).

En tercer lugar, existe la competencia —también indirecta— ejercida por opciones que encarnarían un cierto populismo protestatario, promovidas y presididas por empresarios o financieros que cuentan con recursos suficientes para crear una maquinaria electoral propia, como José M. Ruiz Mateos, Jesús Gil y, más recientemente, Mario Conde. Ruiz Mateos impulsó la primera opción de este tipo: propietario del holding RUMASA (expropiado por el gobierno socialista en 1983), encabezó una candidatura en las elecciones europeas de 1989 que obtuvo un notable apoyo (609.170 sufragios y dos diputados) y capitalizó un importante «voto de protesta». Posteriormente concurrió sin éxito a distintas convocatorias electorales hasta los comicios europeos de 1994, tras los cuales cesó su actividad política, aunque sin descartar reactivarla. Aunque inscribió dos partidos (Acción Social y Partido del Trabajo y Empleo), sus candidaturas adoptaron denominaciones cambiantes<sup>40</sup>.

El polémico empresario Jesús Gil y Gil, alcalde de Marbella (Málaga) y presidente del club de fútbol Atlético de Madrid ha constituido una nueva opción de este tipo. Su partido, el Grupo Independiente Liberal [GIL], se propone «gestionar los recursos nacionales como una empresa, que será liberal en la creación de riqueza y social en el reparto de oportunidades». El GIL fue creado para ganar las elecciones municipales de 1991 en Marbella (dados los importantes intereses inmobiliarios de su promotor en la ciudad), se extendió a otras poblaciones de la Costa del Sol en las de 1995 (36.438 votos) y se expandió al campo de Gibraltar y a los enclaves de Ceuta y Melilla en las de 1999 (87.742 votos). Ello parece favorecer su conversión en un fenómeno político de cierta relevancia, el «gilismo». Gil —procesado judicialmente— manifestó inicialmente su intención de concurrir a las elecciones generales del año 2000, en las que parecía situarse en competencia directa con el PP<sup>41</sup>, y estableció numerosos contactos con partidos loca-

---

<sup>40</sup> Pese a su éxito electoral inicial y a la notoria atención mediática que ha merecido José M. Ruiz Mateos, no se dispone de estudio alguno relativo a su trayectoria política (sobre la expropiación de RUMASA, véase E. Ekaizer, *José María Ruiz Mateos, el último magnate*, Madrid, Plaza y Janés, 1985). En cuanto al voto de protesta que capitalizó, recuérdese que su lema electoral en 1989 fue «Vótale, le vas a dar una lección al gobierno. [...] Esta vez tienes la oportunidad de dar fuerte» (véase también J. Caveró, «Victoria del castigo y del cabreo», *La Vanguardia*, 16-VI-1989).

<sup>41</sup> Sobre Jesús Gil, véase las dos crónicas periodísticas de J. L. Galiacho, *Jesús Gil y Gil. El gran comediante* (Madrid, Temas de Hoy, 1993) y *Gil, el gran comediante. La farsa continua* (Madrid, Temas de Hoy, 1999). Gil afirmó su intención de dispcaptar el electorado del PP (véase la entrevista de L. Amiguet, «Quitaré 500.000 votos a Aznar en Madrid», *La Vanguardia*, 29-VII-1999).

les, aunque en noviembre de 1999 afirmó desistir en este propósito (excepto en Ceuta y Melilla)<sup>42</sup>.

En octubre de 1999 se materializó una nueva opción de este tipo en la figura del exbanquero Mario Conde (procesado al igual que Gil)<sup>43</sup>, proclamado candidato a la presidencia del gobierno por Unión Centrista-CDS. Conde (editor del mensual *MC*)<sup>44</sup> también parece interesado en captar sobre todo un electorado del PP<sup>45</sup>, aunque no descarta atraer el de franjas más amplias mediante un discurso centrado —*grosso modo*— en la denuncia de un creciente divorcio entre la clase política y la sociedad civil<sup>46</sup>, tesis expuestas ya antes de su ingreso en la política activa<sup>47</sup>. En cualquier caso, al margen del éxito electoral que puedan conseguir este tipo de iniciativas, no deja de ser un síntoma llamativo de la crisis de la ultraderecha que los líderes y formaciones a los que se ha atribuido mayores posibilidades de facilitar la recomposición de este espectro ideológico no proceden del mismo<sup>48</sup>.

En síntesis, existe un mapa político complejo y abierto que hace arriesgados los ejercicios de prospectiva. No obstante, consideramos que pueden esbozarse vías potenciales de desarrollo de un eventual «nacional-populismo» español. Éste probablemente podría reunir características propias de la ultraderecha «postindustrial» en cuatro aspectos: el abandono o pérdida de centralidad de los discursos nostálgicos del pasado reciente (en relación a la Guerra Civil y el franquismo); la crítica al actual sistema demo-

---

<sup>42</sup> J. G. Albalat, «Gil desisteix de presentar-se a les eleccions generals i andaluses», *El Periódico* (5-XI-1999).

<sup>43</sup> Sobre la figura de M. Conde existen variadas aproximaciones periodísticas, como L. Herrero, *Conde, el ángel caído* (Madrid, Temas de Hoy, 1994) o J. Cacho, *M. C. Un intruso en el laberinto de los escogidos* (Madrid, Temas de Hoy, 1994).

<sup>44</sup> Pese a la identificación de Conde con UC-CDS, el director y jefe de redacción de su publicación son conocidos falangistas (hecho que éstos han manifestado inequívocamente). Sin embargo, la vinculación de una opción populista protestataria con ámbitos de ultraderecha no sería una novedad, pues ya José M. Ruiz Mateos contó con sectores de este espectro ideológico para crear su organización política (véase R. Tijeras, J. Díaz Herrera, «Assiego: "Ruiz Mateos me ordenó atacar a Isabel Preysler y a Mariano Rubio"», *Tiempo* (19-VI-1989), págs. 40-48; J. Palacios, «Las tramas ocultas de Ruiz Mateos», *Tiempo* (12-VI-1989), págs. 11-18).

<sup>45</sup> Véase el anuncio explícito de MC, 1 (septiembre de 1999), pág. 299.

<sup>46</sup> Véase «Conversaciones con Mario Conde», MC, 3 (noviembre de 1999), págs. 18-29; «Sociedad civil y poder político», págs. 218-223.

<sup>47</sup> Véase M. Conde, *El Sistema. Mi experiencia del Poder*, Madrid, Espasa Calpe, 1994 (5.ª ed.), págs. 307-342.

<sup>48</sup> Sobre los nuevos populismos y la competencia de los partidos regionales y locales con el PP, véase V. Miranda, «La ultraderecha que se les escapa a Aznar», *El Siglo*, 381 (20/26-IX-1999), págs. 12-15.

crático, explotando por una parte los casos de corrupción y, por otra, preconizando su carácter de «falsa democracia» (defendiendo —por ejemplo— el ejercicio de la democracia directa mediante el referéndum y un régimen presidencialista); la denuncia de los acuerdos de Maastricht como una pérdida de soberanía; la oposición a un pretendido «mundialismo», culturalmente homogeneizador y que económicamente conlleva una explotación de los más desfavorecidos. Puede ser distinto, quizá, en su concepción de la «identidad nacional» española: ésta (si la población inmigrante procedente del Tercer Mundo o de Europa Oriental no experimenta un crecimiento susceptible de ser instrumentalizado demagógicamente) podría centrarse —más que en torno a un discurso xenófobo o de carácter neorracista— en la defensa de un «ser español» inmanente en la historia y el territorio (que no en la genética), amenazado por nacionalismos pretendidamente separatistas y «disgregadores»<sup>49</sup>. Obviamente, persistirán temas tradicionales en el discurso ultraderechista, como la exigencia de orden público, denunciando problemas de inseguridad ciudadana o de lucha contra la droga<sup>50</sup>. No obstante, el hipotético desarrollo de un «nacional-populismo español» no sólo dependerá de la existencia de una oferta atractiva para el electorado, sino esencialmente de la capacidad que demuestre el sistema democrático de mantener la confianza en el mismo de la gran mayoría de la sociedad civil.

---

<sup>49</sup> Estos aspectos hacen comprensible el eco que han merecido en ámbitos de extrema derecha (bien de tipo «antisistema», bien de carácter «neoconservador») las tesis de Antonio García-Trevijano, tanto en relación a su denuncia de una pretendida ausencia de «democracia real» (defendiendo una república presidencialista), como de las supuestas amenazas de desintegración de España expuestas en sus obras *Del hecho nacional a la conciencia de España* o *El discurso de la República* (Madrid, Temas de Hoy, 1994) y *Frente a la Gran Mentira* (Madrid, Espasa, 1996). Sobre las relaciones constatadas entre García-Trevijano y ámbitos de extrema derecha, véase M. Sánchez Soler, *Descenso a los fascismos* (Barcelona, Ediciones B, 1998), págs. 159-168.

<sup>50</sup> Consideramos que fue ilustrativa de estos cambios la «universidad de verano» organizada por *DN* en Granada en julio de 1998. Los principales invitados fueron: Dominique Chaboche (vicepresidente del Front National); Antonio García-Trevijano, que en su intervención realizó duras críticas al actual sistema democrático; y Fernando García y Juan Ignacio Blanco (de la Fundación Niñas de Alcázar), que reflexionaron sobre problemas de inseguridad ciudadana y niños desaparecidos.

## RESUMEN

Numerosos países de Europa occidental han conocido el desarrollo de partidos relevantes de extrema derecha postindustrial o «nacional-populismos». Sin embargo, España —como Grecia y Portugal— ha constituido una excepción: desde que en las elecciones de 1982 este espectro político perdió su representación parlamentaria, se halla inmerso en una crisis profunda. Este estudio, elaborado desde una perspectiva comparativa, examina diversas hipótesis sobre las razones de su fracaso, centradas esencialmente en cuatro aspectos: su cultura política «arcaizada» e impermeable a la influencia de la moderna ultraderecha europea; su incapacidad para vertebrarse organizativamente; la competencia política ejercida desde la derecha democrática y la existencia de un vacío general entre la militancia más joven y la más adulta, que ha dificultado la síntesis ideológica de la nostalgia franquista y las consignas de la nueva extrema derecha (como la xenofobia o el «neopaganismo»). Finalmente, el trabajo apunta eventuales vías de su desarrollo a corto y medio plazo.

## ABSTRACT

*The Absence of the Spanish Extreme Right (1975-1999)*. Extreme right and national-populist parties have grown up all around West Europe, but Spain, Portugal and Greece have made an exception on this general trend. In the former these political tendencies eventually crashed, as it proves their electoral failures from 1982 onwards. This paper discusses, using a comparative perspective, the major reasons for this parties could not succeed: their old-fashioned and insolated political culture; their lack of skills to create an organization; the existence of a democratic right; and the increasing generation gap between the younger and the older ranks. Upon these grounds, the claims made by the European extreme right (xenophobia, “neopaganism”) have not met room in Spain.

Xavier Casals es historiador. Es investigador de l'Institut de Ciències Polítiques i Socials (Barcelona) y profesor de la Universidad Ramon Llull. Publicó su tesis doctoral con el título *Neonazis en España. De las audiciones wagnerianas a los skinheads*, en 1995, y los ensayos *La tentación neofascista* y *El fascismo*, en 1998.